



ESTUDIOS

Investigaciones Feministas

ISSN-e: 2171-6080

<http://dx.doi.org/10.5209/INFE.54847>EDICIONES
COMPLUTENSE

Sexo, raza, clase y etnografía de los movimientos sociales. Herramientas metodológicas para una perspectiva interseccional

Xavier Dunezat¹

Recibido: enero 2017 / Evaluado: marzo 2017 / Aceptado: abril 2017

Resumen. Privilegiando el enfoque francés de la consustancialidad de los *rapports sociaux*, este artículo propone relacionar los desafíos teóricos de la interseccionalidad con el trabajo empírico de cartografía social. ¿Cómo observar y categorizar sobre el terreno cuando intersecciona(n) clase, raza y sexo/género como dinámicas de diferenciación social? A la luz del feminismo materialista y constructivista, el artículo sostiene que el enfoque interseccional es muy heurístico para medir la diversidad dentro de un movimiento social, como lo ilustra con un «colectivo de apoyo a los sin-papeles». Finalmente, muestra que la mirada etnográfica está expuesta a formas de descontrol esencialista cuando se posa en las pertenencias de sexo o de raza y hace algunas propuestas para limitar tal descontrol.

Palabras claves: Interseccionalidad; Sin-papeles; Metodología; Esencialismo.

[en] Sex, race, class and ethnography of social movements. Methodological implements for an intersectional perspective

Abstract. By emphasizing the French approach of co-substantiality of *rapports sociaux*, this article proposes to link the theoretical issues of intersectionality to the empirical work of social mapping. How can we observe and categorize in the field when class, race and sex/gender intertwine as dynamics of social differentiation? Through the prism of materialist and constructivist feminism, the article argues that the intersectional approach is very much heuristic to measure the diversity within a social movement, as illustrated by a “undocumented persons support collective”. Then it shows that the ethnographic perspective is exposed to some essentialist bias when dealing with sex or race and makes a few proposals to limit this bias.

Keywords: Intersectionality; Undocumented; Methodology; Essentialism.

Sumario. 1. Introducción. 2. Una perspectiva interseccional bajo el prisma materialista y constructivista. 2.1. Categorías y *rapports sociaux*. 3. Diversidad de los agentes, procesos de categorización y etnografía de los movimientos sociales. 3.1. ¿Cómo pensar los procesos de categorización? 3.2. Etnografía de los movimientos sociales y trabajo de categorización. 4. La diversidad en los movimientos sociales: categorizar, esencializar, controlar. 4.1. La diversidad interseccional en un “colectivo de apoyo a los sin-papeles”. 4.2. Sexo, raza, clase y descontrol esencialista. 4.3. Alegatos para una etnografía (más) constructivista. Bibliografía.

Cómo citar: Xavier Dunezat (2017): “Sexo, raza, clase y etnografía de los movimientos sociales. herramientas metodológicas para una perspectiva interseccional”, en *Revista de Investigaciones Feministas* 8 (1), 95-114.

¹ Instituto de Rennes (Francia) y miembro del CRESPPA y de la URMIS.
dunezat.xavier@wanadoo.fr

1. Introducción

La perspectiva interseccional ha tenido un recorrido problemático en el contexto académico francés. Definida aquí como una «teorización holística de la dominación social» (Bilge, 2010: 60) y «una palabra de moda» (Davis, 2015), ha sustituido el paradigma francés de la consustancialidad de los *rappports sociaux*, de la misma manera que, anteriormente, la sociología del género estadounidense suplantó el enfoque francés de los *rappports sociaux de sexe*.

Se puede decir que la perspectiva interseccional es reciente en Francia, ya que se desarrolla a partir de la traducción del artículo de Crenshaw en 2005. Desde esta fecha, y teniendo en cuenta la genealogía feminista del paradigma interseccional (Bilge, 2009) y el paso «de una sociología del género a una sociología de la diferencia» (Revillard y De Verdalle, 2006: 95), varias publicaciones han discutido —y difundido— este paradigma (Bereni y al., 2012 [2008]: 277-309; Bilge, 2009; *L'homme et la société*, 2010; Clair, 2012: 116-119; Dorlin, 2012; Chauvin y Jaunait, 2012; Galerand y Kergoat, 2014; *¿Interrogations?*, 2015; *Raisons politiques*, 2015). Esto es, actualmente, los trabajos que intentan articular los ejes de opresión se insertan, mayoritariamente, en la agenda científica de la interseccionalidad.

No obstante, la omnipresencia de este punto de vista histórico invisibiliza la aportación de la sociología de los *rappports sociaux de sexe*, que permite analizar los ejes de opresión como «indisociables e irreductibles» (Palomares y Testenoire, 2010). De hecho, desde el trabajo pionero de Danièle Kergoat (2012 [1978]: 33-62, 2012 [1984]: 85-98), varios estudios feministas franceses (Collectif, 1984) propusieron que las dinámicas de sexo y clase se analizaran de forma articulada, dando lugar al marco teórico de la consustancialidad de los *rappports sociaux* (Kergoat 2012 [2009]: 125-140). Es en la década de los 2000 cuando la raza se incorpora a esta perspectiva (Hamel, 2003; *Les Cahiers du CEDREF*, 2007), aunque ya había sido investigada en profundidad desde las propuestas materialistas, antirracistas y feministas de Colette Guillaumin (1992 [1978]). De manera que, desde hace diez años, la trilogía género-raza-clase se ha convertido en el marco de referencia para pensar los procesos de dominación de la agenda académica francesa, y no sólo feminista, acercándose progresivamente a la idea de interseccionalidad. Teniendo en cuenta lo anterior, en el presente texto se entiende esta noción «en su sentido amplio, englobando todo el conjunto de los trabajos sobre las interconexiones entre diversas categorías sociales y *rappports sociaux* —articulación, imbricación, consustancialidad— independiente de la orientación teórica y metodológica adoptada» (Juteau, 2016: 130).

A partir de lo expresado, este artículo se centra en la cuestión metodológica. Así, en el contexto francés, al margen de los temas sobre la relación entre investigación y reflexividad, poco se ha aportado acerca de las deficiencias de la metodología etnográfica del género o de los *rappports sociaux de sexe*. Algo que pone en evidencia la falta de información acerca de los propios «bricolajes» que se ponen en marcha en el terreno (Avanza y al., 2015). En este sentido, tampoco la perspectiva interseccional ha respondido todavía al desafío metodológico y, concretamente, a la cuestión de cómo observar y categorizar desde una comprensión articulada de los ejes de opresión. En particular, ¿cómo operar sobre el terreno cuando intersecciona(n) clase, raza y sexo/género como dinámicas de diferenciación social? Una vez más, la literatura francesa al respecto ha silenciado este tema. Una constatación que confirma Sarah Mazouz (2015) cuando escribe que el enfoque etnográfico está poco explotado en los

trabajos sobre la interseccionalidad, a pesar de que se muestra como una herramienta muy eficaz para desvelar los diversidad en la articulación de los ejes de opresión, así como su imbricación con las situaciones concretas en las que se realiza.

Concretamente, propongo aquí relacionar los desafíos teóricos de la interseccionalidad con el trabajo de cartografía social imprescindible en la investigación. Me refiero al imperativo de la sociografía que deriva de la doble intencionalidad —sociológica-etnográfica e interseccional-consustancial— de nuestro trabajo cuando se usa, sobre el terreno, la observación como método privilegiado de recopilación de datos. Por una parte, siguiendo los preceptos de Marcel Mauss y de sus «métodos de observación», se plantea que «el primer punto, en el estudio de una sociedad, consiste en saber de quién hablamos» y «el inventario debe ser completo, con localización exacta, por edad, por sexo, por clase» (2002 [1947]: 31-38). Por otra parte, siguiendo la premisa interseccional, no se puede analizar cualquiera realidad social sin tener en cuenta la diversidad de los ejes de diferenciación social que atraviesan cada grupo o terreno investigado. En esta línea, empecé mi trabajo sobre los movimientos sociales a finales de los años 1990, dentro del marco teórico de la sociología francesa de los *rapports sociaux de sexe* y de la consustancialidad (Kergoat, 2012; Pfefferkorn, 2007).

Una vez planteado mi marco teórico, inspirado por la teoría feminista materialista y constructivista, insistiré sobre el carácter heurístico de movilizar la perspectiva interseccional en la sociología de los movimientos sociales, poniendo en evidencia las consecuencias derivadas de lo que refiere al trabajo de categorización. A partir de aquí, se ilustra el interés empírico de combinar la interseccionalidad con la sociografía de un «colectivo de apoyo a los sin-papeles» antes de cuestionar las formas de descontrol esencialista que atraviesan mi trabajo y hacer algunas propuestas. Se debe entender este ejercicio reflexivo como una invitación colectiva a abrir las puertas de «las cocinas» (Avanza y *al.*, 2015) de nuestro trabajo de campo: no pretendemos dar soluciones sino plantear nuestras dudas y propuestas.

2. Una perspectiva interseccional bajo el prisma materialista y constructivista

La doble genealogía de la articulación de los ejes de opresión —interseccionalidad *versus* consustancialidad— esconde varios desafíos teóricos (Bachand, 2014: 4-9; Galerand y Kergoat, 2014) que nos confrontan a unos temas centrales del paradigma materialista y constructivista: la producción de las categorías por los *rapports sociaux*; la centralidad del género, de la raza y de la clase; la articulación entre los sistemas de poder y la realización situada de la opresión.

Respecto al primero de los retos, surgen las preguntas: ¿Qué es indisociable en la perspectiva interseccional? ¿Las categorías o los procesos que las generan (Bilge, 2009)? Por causa de su marco jurídico original (Chauvin y Jaunait, 2015), el enfoque de Crenshaw (2005 [1989]) es acusado de sólo cartografiar la realidad social porque, cruzando las categorías, descuida las fuentes de las mismas. Contrariamente, la perspectiva consustancial, más sociológica, insiste en la necesidad de recuperar los procesos que co-producen los grupos (Galerand y Kergoat, 2014).

Un segundo desafío se corresponde con la pregunta: ¿Cuáles son los ejes de opresión? Destacan dos dinámicas. Por una parte, se nota una clara dicotomía histórica entre el contexto estadounidense, el cual se estructura alrededor de la articulación del género y de la raza, y el contexto francés, que privilegia la articulación del sexo y de

la clase (*Ibidem*). Por otra parte, cuando se refiere al marco interseccional actual, se nota una extensión de los «ejes de diferenciación social» en la que habría que articular «las categorías de sexo/género, clase, raza, etnicidad, edad, discapacidad y orientación sexual» (Bilge, 2009: 70), pero también la relación «postcolonial» (Bachand, 2014: 7). El problema es que tal extensión actúa como si fuera evidente la relación de toda sociedad con estos ejes de diferenciación. En otras palabras, no se tienen en cuenta los contextos nacionales —institucionales, académicos, ordinarios— de producción de la mirada sociológica sobre cada eje.

Por su parte, un tercer reto teórico se refiere a cómo interactúan los sistemas de subordinación. Se dividen aquí las perspectivas que usan varias «metáforas matemáticas» (adición, multiplicación, geometría²) y las que insisten sobre la constitución mutua (Kergoat, 2012) o la co-formación (Falquet, 2009) de los ejes de opresión y de sus experiencias (West y Fenstermaker, 2006) *en todas las esferas sociales*. Con este segundo enfoque, que permite «interpretar la relación entre [los] diferentes sistemas de dominación» (Bachand, 2014: 9), nos acercamos del concepto de «matriz de dominación» de Patricia Hill Collins (2000 [1990]).

Un cuarto desafío opone la perspectiva interaccionista de West y Fenstermaker (2006) —cuando proponen investigar cómo las experiencias del género, de la raza y de la clase se realizan, de manera simultánea, dentro de las interacciones entre individuos— y una perspectiva más determinista que destaca las estructuras/relaciones de poder, las instituciones y las desigualdades materiales que estructuran la opresión pero también los mecanismos de la resistencia (Hill Collins, 2000). Esto se refiere en el contexto francés a la sociología de los *rappports sociaux* y al tema de la explotación (Delphy, 2015; Kergoat, 2012; Dunezat, 2004; Galerand, 2015).

En relación con este último, un quinto desafío interroga la dimensión económica de la opresión. Si la clase está sujeta a un consenso acerca de su fundamento material, género y raza quedan asociados en varios marcos teóricos constructivistas con las creencias, las normas, la performatividad del discurso, olvidando «la anterioridad lógica de la explotación sobre el contenido de las normas» (Galerand, 2015: 186; Nakano Glen, 2009). Siguiendo la perspectiva materialista —que es la nuestra— el racismo genera, materialmente y mediante la división racial del trabajo, razas. Ocurre lo mismo con el sexo. Si toda práctica tiene una dimensión simbólica (Godelier, 1984), las ideas específicamente —«las fantasmagorías»— no caen del cielo sino del proceso de su vida material (Marx y Engels, 1982 [1845]).

Categorías y *rappports sociaux*

Dentro del marco teórico del feminismo materialista (Delphy, 2001; Cahiers du Genre, 2016), me inscribo en una sociología dinámica antinaturalista que relaciona, de manera consustancial, las relaciones de poder (los *rappports sociaux*) y la producción de diferencias de sexo/género, raza, clase, por una parte; y la división del trabajo y la producción de los grupos sociales, por otra.

Esta idea se traduce en que, mediante la división sexual del trabajo (Kergoat, 2012), «el género produce el sexo» (Delphy, 2001 [1991]: 243-260) como criterio pertinente de división de la humanidad. De la misma manera, siguiendo a Guillau-

² Véase aquí la presentación crítica de West y Fenstermaker (2006 [1995]: 103-104 y 107-112).

min (1992: 182), el racismo hace lo mismo con los grupos de raza. Es decir, los «negros» no se transformaron en «esclavos» sino los «esclavos» se han hecho «negros» porque «la marca sigue, no es anterior al *rapport*» social (Juteau, 2010: 72). Asimismo, el capitalismo actúa igual con los grupos de clase. Pues, la sociología de los *rappports sociaux* muestra que las diferencias (de sexo, raza, clase) han sido «creadas completamente, específicamente para constituir grupos» y justificar tratamientos desiguales y jerárquicos (Delphy, 2001: 9). De manera que los *rappports sociaux* son constitutivos de las categorías (Juteau, 2016).

Estas cuestiones evidencian la necesidad de explicar cómo y por qué los grupos han sido creados. Si definimos el trabajo como «la producción del vivir» (Hirata y Zarifian, 2000), se crean grupos cada vez que una sociedad divide el trabajo según los principios de separación, de jerarquización (Kergoat, 2012 [2000]: 213-223) y de especialización (Dunezat, 2004). Además, la división del trabajo no es «gratuita», es decir que sirve —es su fundamento último— para que un grupo explote a otro, lo que se acompaña de violencia simbólica (dominación) y, si es necesario, de violencia física (opresión). Así, un punto de vista materialista insiste en la premisa que los *rappports sociaux* de sexo, de raza y de clase tienen en común el combinar mecanismos de explotación, dominación y opresión (Dunezat, 2004; Kergoat, 2012). Por eso, el feminismo materialista rechaza los enfoques que desmaterializan el sexo y la raza (Galerand, 2015), es decir que reservan y asimilan la explotación a los únicos *rappports sociaux* de clase, dejando pensar que sexo y raza podrían existir sin razón material (Delphy, 2001, 2015). En este sentido, cada grupo generado por los *rappports sociaux* es una forma de clase, lo que desembocó en la literatura feminista sobre la terminología de las «clases de sexo» (Juteau y Laurin, 1988) o de las «fracciones de clase» (Galerand, 2015).

Además, se suele considerar que tres *rappports sociaux* son más relevantes que otros: sexo/género, raza y clase³. Esta posición privilegiada se explica por dos razones. Primero, ningún campo social escapa a los procesos de categorización relacionados con éstos tres (West y Fenstermaker, 2006). Segundo, siguiendo a Godelier (1984: 31-32), «unos *rappports sociaux* dominan cuando funcionan al mismo tiempo como *rappports sociaux* de producción». En este sentido, se multiplicaron los aportes del feminismo materialista para teorizar sexo, raza y clase como tres *rappports* de producción (Delphy, 2001; Dunezat, 2004; Galerand, 2015; Kergoat, 2012), aunque los avances son menores en la teorización de los *rappports sociaux* de raza (Nakano Glen, 2009). Sin embargo, existen debates acerca de la relación ontológica entre los tres *rappports sociaux* y otros ejes de opresión, por ejemplo entre sexualidad y género (Clair, 2013) o entre etnicidad y raza (De Rudder y al., 2000). Desde nuestro punto de vista, estos *rappports sociaux* combinan procesos múltiples de categorización que, simultáneamente, polarizan la estructura social de manera binaria —entre mujeres y hombres, negros y blancos⁴, proletarios y burgueses— y, a su vez, producen, dentro de cada grupo polarizado, divisiones de clase que están relacionadas al mismo tiem-

³ Sin embargo, se difunden las investigaciones que interrogan la centralidad de la edad como cuarto *rapport* social fundamental (Tabin y Perriard, 2014).

⁴ «Blancos» y «negros» son categorías políticas según el enfoque constructivista de las «cuestiones de color» que relaciona las categorías de color con las «prácticas del colorismo» y que plantea que «ser negro no es esencia y tampoco cultura, sino el producto de un *rapport* social: hay Negros porque se los considera como tales» (Ndiaye, 2009 [2006]: 45).

po con la dinámica articulada de los tres *rappports sociaux* y la dinámica propia de cada uno de ellos.

Por ejemplo, no se puede pensar en la formación de los *cadres* —el personal administrativo superior de las empresas— sin tener en cuenta tres procesos indisociables: la polarización capitalista a largo plazo de la estructura social (los *cadres* forman parte del proletariado porque no son propietarios de los medios de producción), la segmentación patriarcal y racista de la contratación de los *cadres* (la división vertical, de sexo y raza, del trabajo profesional y doméstico), y la producción de divisiones de clase dentro del proletariado por las reconfiguraciones tayloristas-fordistas. Con la misma lógica, la sexualidad es un desafío de los *rappports sociaux* de sexo que, simultáneamente, producen una asignación binaria y divisiones de clase (de sexo). Mientras las dinámicas étnicas —que están relacionadas con el «colorismo» (Ndiaye, 2009), el tema lingüístico, el imperialismo, la nacionalidad, las políticas migratorias— producen divisiones de clase (de raza) dentro del proceso de polarización de los *rappports sociaux* de raza.

De esta forma, cuando funcionan como relaciones de producción, los *rappports sociaux* actúan como sistemas de poder transversales porque ningún campo social escapa a su acción, ni siquiera las esferas que *nos parecen* no mixtas (West y Fens-termaker, 2006: 130). Asimismo, son sistemas de poder consustanciales (Kergoat, 2012) porque «la realización de la raza, del género o de la clase» es «algo que se constituye en el contexto de realización de las dos otras categorías» (West y Fens-termaker, 2006: 132). Pero los grupos y sus experiencias de género, raza y clase no son solo determinados, sino que se deben también pensar en una «realización permanente de las interacciones» (Ibidem: 104), variable según los contextos de su actualización, lo que desemboca en la idea de «realización situada». Vinculado a esta idea, es muy interesante la investigación en los movimientos sociales.

3. Diversidad de los agentes, procesos de categorización y etnografía de los movimientos sociales

Mediante la inmersión basada en varias centenas de observaciones participantes, alrededor de cien entrevistas en profundidad y otros tantos cuestionarios, investigué dos movimientos sociales. Por un lado, el «movimiento de los parados» (Demazière y Pignoni, 1998), del cual formé parte durante la campaña de ocupaciones de edificios públicos de 1997-1998 (Dunezat, 2004). Por otro lado, el «movimiento de los sin-papeles», que despunta en Francia a finales de los años 1990 (Siméant, 1998), y en el que participo desde 1998. Asimismo, me posiciono en los enfoques teóricos y empíricos que, también en Francia, han demostrado que los movimientos sociales, a pesar de su intención democrática o de sus temas de lucha (derechos, igualdad, dignidad, etc.), no son neutrales a ejes de opresión relacionados con género/sexo, raza y/o clase (Kergoat y al., 1992; Mathieu, 2001; Nouvelles questions féministes, 2005; Fillieule y Roux, 2009; Nicourd, 2009; Charasse, 2013; Cervera-Marzal, 2015).

En esta línea, en nuestro trabajo⁵, defendemos dos premisas: las relaciones de poder (re)producen —mediante la división del «trabajo militante»⁶ (Dunezat, 2004;

⁵ Véase el artículo «Dominación masculina y feminismo en los movimientos sociales» que se publicará en el año 2017 en la revista *Política y Sociedad*.

⁶ Definimos el trabajo militante como todas las tareas que supone y genera una acción colectiva.

Nicourd, 2009)— grupos sociales en posición jerárquica. Esto es, existen dominantes y dominados/as dentro de los movimientos sociales. Además, entendemos que la dinámica de la lucha —en cuanto a sus objetivos, sus registros, sus interacciones, su porvenir, etc.— no se puede analizar sin referirse a esta estructura interna que combine dominación y resistencia de sexo/género, raza y clase.

Teniendo en cuenta lo dicho hasta el momento, propongo aquí explicar de qué manera la perspectiva interseccional se antoja imprescindible para que la investigación sociológica pueda analizar si los movimientos sociales contribuyen o no a subvertir las jerarquías sociales. Es decir, entendidos como experiencias de profundización democrática, los movimientos sociales deberían tener capacidad para incluir la diversidad de los agentes en sus prácticas, no sólo en su composición. Una diversidad que para ser medida apela, directamente, a las perspectivas interseccionales ya que tienen en cuenta que la dominación no responde a un eje único sino a la posible combinación de las divisiones de sexo, clase y/o raza que se integran en el propio movimiento. Pero, fundamentalmente, su importancia radica en el planteamiento de que la producción interseccional es un desafío institucional y político.

En efecto, a partir del ejemplo de las mujeres negras, Crenshaw distingue la interseccionalidad estructural, es decir, «la identidad interseccional como mujeres y personas de color» producida por «los cruces del racismo y del sexismo» (2005: 54), y la interseccionalidad política, es decir «la posición asignada a las mujeres de color» dentro de los movimientos feministas y antirracistas (*Ibidem*: 61). De manera más general, y teniendo en cuenta que una posición hegemónica no es menos interseccional que una posición marginalizada (Chauvin y Jaunait, 2012: 18-19), este enfoque nos invita a distinguir al menos dos niveles de producción interseccional: un nivel institucional, que se refiere a la dinámica de la estructura social, y un nivel político, relacionado con la dinámica de la contestación de esa estructura. En Francia y con mucha proximidad, Danièle Kergoat (y al., 1992) abrió un campo de investigaciones cuando propuso la hipótesis según la cual todos los movimientos sociales están atravesados por los *rapports sociaux de sexe*.

Desde estas premisas, la sociología (crítica) de todo movimiento social debe investigar a partir de dos preguntas: ¿La movilización refleja la diversidad de los agentes que la constituyen estructuralmente?⁷ Y, ¿en qué medida permite o impide la participación de todos los tipos de agentes, es decir, su visibilidad y expresión en su transformación progresiva en colectivo? Respecto a estos interrogantes, investigar en un movimiento social eruptivo es muy heurístico porque, al contrario de lo que sucede en campos muy estructurados en categorías bastante estables, se caracteriza por una organización del trabajo militante inédita, aunque por supuesto recurra también a los registros de acción colectiva que dominan en un ciclo de protesta. Asimismo, también es interesante analizarlos especialmente, aquellos de carácter progresista porque nos enfrentamos a un terreno bastante original en comparación con la empresa, la escuela, la política convencional— en el sentido de que la opresión aparece deslegitimada. De manera que los procesos de dominación no se pueden concebir como una consecuencia evidente de un funcionamiento institucional

⁷ No se puede medir la diversidad de los agentes de la misma manera en una huelga de una empresa cuyos trabajadores están socialmente homogeneizados por el cruce de los ejes de opresión al nivel estructural, y en una movilización de sin-papeles de una gran ciudad que reúne mujeres y hombres sin-papeles de varias procedencias y clases...

o de una organización voluntaria. Son realmente los mecanismos de la división del trabajo militante, *haciéndose*, los que actualizan los procesos de categorización y de jerarquización.

Tal agenda de investigación nos enfrenta a la compleja tarea de la categorización en el trabajo sociológico. Siguiendo una perspectiva constructivista e interaccionista, se trata de un proceso continuo porque «cada individuo, encerrado en relaciones y actividades sociales, es susceptible de dar cuentas de su pertenencia a categorías de sexo, de raza y de clase» (Revillard y De Verdalle, 2006: 96). Y, desde este punto de vista, la etnografía es muy heurística porque permite investigar el género, la raza y la clase *haciéndose*, en tanto que realizaciones situadas. Sin embargo, pensamos que, si el proceso de categorización es vivo y siempre *haciéndose*, está también *ya hecho*, lo que se refiere al papel de las instituciones, del derecho y de las políticas públicas.

3.1. ¿Cómo pensar los procesos de categorización?

A partir de lo dicho anteriormente, e inspirándonos en el enfoque de West y Fenstermaker (2006), pensamos los procesos de categorización como una dialéctica entre tres momentos, los cuales se pueden relacionar mediante los mecanismos de la división del trabajo en sentido amplio. En primer lugar, desde que nacen, los individuos se encuentran asignados por los sistemas de poder y se trata de una asignación duradera y bastante fija⁸. En segundo lugar, la categorización se cristaliza en un proceso sostenido desde las instituciones (familia, escuela, empresa, etc.) que apenas ofrece ninguna salida. Así, mediante varias actividades (materializadas) y creencias (naturalizadas), los sistemas de poder construyen numerosos signos de identificación (actividad, vestidos, idioma, acento, aspecto, etc.). En tercer lugar, cuando la categorización ya está hecha, nuestras interacciones se encuentran como encerradas, en buena medida determinadas, por lo que muchos etnometodólogos, incluso West y Fenstermaker (2006), conocen como «descriptibilidad». Es decir, la necesidad de identificar para orientarnos y construir interacciones diarias. En este sentido, la categorización se concibe como un proceso continuo y una realización situada. Sin embargo, nos parece más heurístico usar el marco materialista de la división del trabajo para pensar las relaciones entre la asignación inicial, la categorización institucionalizada y la realización situada de las categorías.

Tal pensamiento del proceso de categorización nos obliga, sobre el terreno, a controlar el carácter tautológico del análisis. No se puede decir sólo que hay —o no hay— mujeres y hombres en un movimiento social sino que debemos también analizar cómo la organización del trabajo militante confirma o matiza la producción de categorías de sexo. Desde este punto de vista, el proceso de categorización está arrinconando al/la investigador/a y a los agentes en formas de esencialismo porque sufrimos la categorización de sexo ya hecha y experimentada (igual que con la raza). Por lo tanto, es muy difícil pensar que la división del trabajo que sustentan y generan nuestras interacciones pueda contribuir a producir y dinamizar la estructura de sexo. Tal aporte constructivista desemboca sobre el papel del/la investigador/a cuando su trabajo etnográfico le confronta a la tensión entre las dinámicas objetivas (de los

⁸ Entre los desafíos teóricos centrales, destaca el que refiere al grado de movilidad entre dos grupos contradictorios dentro del sistema de sexo, de clase o de raza.

rapports sociaux imbricados) y los procesos de subjetivación que estructuran, de manera privilegiada, las interacciones en la esfera social a la que se acerca.

3.2. Etnografía de los movimientos sociales y trabajo de categorización

Todo lo mencionado anteriormente provoca preguntarnos acerca de lo que hacemos sobre el terreno cuando investigamos los movimientos sociales con el objetivo de medir si la diversidad de los agentes es una realidad. Cuando empecé a investigar a finales de los años 90 en los movimientos de parados/as, quería mirar si las prácticas, las representaciones y/o las trayectorias militantes estaban impactadas por los *rapports sociaux de sexe*. Así, en mis primeras observaciones, me obligaba a identificar cuántas mujeres o cuántos hombres participaban en las asambleas o en las acciones, hablaban, hacían tal tarea, tal otra, etc. Pero, rápidamente, me enfrenté a tres procesos que iluminaron los atolladeros en los que me encontraba.

Primero, cuando les comentaba a los/as parados/as que estaba investigando el papel respectivo de las mujeres y de los hombres en el movimiento, muchos/as se callaron, lo que puso al descubierto que, algunas veces, las categorías subjetivadas en la lucha no se correspondían en nada con las categorías objetivas que me preocupaban⁹. Segundo, en las primeras horas de la lucha, me sorprendió la división sexual del trabajo militante cuando me di cuenta de que unos hombres se precipitaban sobre cualquiera tarea militante, incluso las que tenían mucho que ver con el trabajo doméstico, mientras que las mujeres no hacían nada. Después de varias horas de observación, entendí que la «actitud doméstica» de algunos hombres se iluminaba cuando se sabía que tenían en común una experiencia de «desempleo total» (Schnapper 1994 [1981]), y que el trabajo militante, poco importaba su contenido, se convertía en una salida a la exclusión duradera del trabajo salariado. La monopolización masculina del trabajo militante (ejecutivo) era también una forma de marginalización de las mujeres en el proceso incipiente. ¿Cómo pensar aquí la dinámica de los *rapports sociaux de sexe* sin matizar los resultados de la observación con la dinámica de los *rapports sociaux de classe*? Tercero, en uno de los dos movimientos de parados/as comparados, aparecieron en las primeras horas de la lucha tres categorías —«CGT/AC!», «anarquistas» e «independientes»— dentro de las cuales los/as protagonistas se definieron y dividieron. Al mismo tiempo, objetivamente, la división sexual del trabajo militante dinamizaba los procesos subjetivados de categorización ya que, por ejemplo, en el grupo de anarquistas solo se encontraban hombres.

Así, esta experiencia en el terreno y varias lecturas me enseñaron mucho sobre la necesidad de «arreglar» unos dispositivos metodológicos menos desconectados de la situación investigada, sin renunciar al marco teórico que postula que los *rapports sociaux* co-producen, *hic y nunc*, todo grupo social y sus procesos de segmentación. Nos parece hoy más heurístico y realista partir de las categorías que estructuran, de manera privilegiada, las subjetividades dentro del momento militante. Pero, si la sociología debe intentar «actualizar nodos y líneas de tensión», lo que supone «rastrear hasta los procesos que están en el inicio de la producción de los grupos y de las pertenencias objetivas y subjetivas» (Galerand y Kergoat, 2014: 51-52), es necesario

⁹ Mostré cómo el proceso de subjetivación de sexo era diferente de una movilización a otra y cómo esa dinámica tenía mucho que ver con el tipo de división del trabajo militante (Dunezat, 2004).

que las categorías del terreno se investiguen articulando los tres ejes de opresión (West y Fenstermaker, 2006).

Por otra parte, hay tensiones, más deontológicas, que alimentan el trabajo etnográfico de categorización. En primer lugar, si la observación facilita la sociografía, el/la investigador/a combina formas de «observación difusa» y de «observación analítica» (Chapoulie, 2000). Esto es, se confrontan descripciones que se basan en categorías de la lengua ordinaria, más esencialista, y análisis que se basan en categorías construidas para evitar el riesgo de la sustancialidad, es decir, tratar la categoría *como una cosa*. En segundo lugar, la antropología invita al/la investigador/a a interrogarse sobre sus modos de categorización para «apartarse de las trampas etnocéntricas de la proyección» (Laplantine, 2002: 48). Desde este punto de vista, el/la investigador/a tiene un papel muy importante porque la etnografía debe pensarse como el «proceso de ver de otra manera así como del hacer ver, es decir del mostrar buscando convertirse en audible y visible [...] lo que era inaudible e invisible» (Laplantine, 2009: 227).

De esta manera, muchas veces, la sociología contribuye a iluminar una realidad que no tiene visibilidad, tampoco historia o memoria, por causa de los sistemas de opresión. Una afirmación que se corrobora en el caso de los movimientos sociales. Cuando elegimos un modo de etnografía, es muy importante pensar que nuestros resultados no deben traicionar lo que experimentan, en su subjetividad colectiva, los agentes de un movimiento social. Así como tampoco ocultar la diversidad de las subjetividades militantes o de los ejes de opresión que estructuran, objetivamente, el movimiento. De forma que coincidimos con la proposición constructivista según la cual hay que «dialectizar los *rappports* entre conocimiento académico y conocimiento ordinario» (Corcuff, 2004: 187). Es decir, el/la investigador/a no debe proceder —como ocurre muchas veces en el pensamiento post-moderno o *queer*— a una ruptura epistemológica que desconectaría la etnografía de las herramientas lingüísticas y cognitivas de los/las que estamos mirando o haciendo ver. En el contexto francés, a pesar de los reveses, la construcción de la nomenclatura de los grupos socioprofesionales por el Insee¹⁰ ha participado de este viejo proyecto de producir categorías que «hablan», por un doble efecto de teoría y de realismo.

4. La diversidad en los movimientos sociales: categorizar, esencializar, controlar

Una vez perfilada la necesidad de una etnografía interseccional de los movimientos sociales, nos proponemos ahora ilustrar los aportes y los problemas metodológicos que plantea: ¿Cómo podemos medir la composición de un grupo movilizado? Esto es, «¿cómo observar a «simple vista» evitando, al mismo tiempo, (re)producir esencialización y dosificación?» (Avanza y al., 2015). «¿Cómo [...] movilizar estas categorías de clase, género y «raza» sin aprobar y fortalecer los estereotipos y lógicas de estigmatización que son al origen de estas clasificaciones?» (Martiniello y Simon, 2005: 9).

¹⁰ Véase <https://www.insee.fr/fr/information/2406153>. El Insee es el instituto francés más importante de producción de estadísticas económicas y sociales.

4.1. La diversidad interseccional en un «colectivo de apoyo a los sin-papeles»¹¹

Hice la sociografía de un «colectivo de apoyo a los sin-papeles» del cual soy miembro desde sus principios. Este Colectivo nació en el año 2002 y fue impulsado por un grupo mixto de franceses, clasificados blancos, de unos treinta años, con larga experiencia militante dentro de los movimientos sociales, específicamente el feminista. Se inició este Colectivo dentro de un campo militante local —en una ciudad de 250.000 habitantes¹²— estructurado por asociaciones que luchaban en favor de los/as sin-papeles pero sin que éstos fueran invitados a participar.

Dicho esto, en el Colectivo resaltaban tres características diferenciadoras: una organización del trabajo militante basada en asambleas generales semanales «abiertas a todos y todas» y ocupaciones de edificios públicos en relación con la política migratoria en general y/o con casos individuales en especial; un llamamiento continuo, durante sus estancias jurídicas, a los/as sin-papeles para que se sumen al Colectivo, y un feminismo práctico dentro de la lucha, procedente de sus fundadoras/es que posibilita una atención regular, más o menos colectiva, a la participación de las mujeres. De manera que estas características previas orientaron de forma constante mi sociografía del Colectivo, lo que permite afirmar que mi trabajo de categorización es *audible* porque resuena con las categorías subjetivadas.

En efecto, las interacciones dentro del Colectivo están marcadas por la producción y la subjetivación desigual de dos sistemas de categorización. Por una parte y de forma relevante, «apoyos» simpatizantes activistas no migrantes y «sin-papeles»; y, por otra parte y desde la genealogía feminista, mujeres y hombres. Partiendo de tal proceso de categorización subjetivado, y basándonos en el «trabajo presencial» en las asambleas semanales (Dunezat, 2015a) se pueden distinguir tres fases en cuanto a la composición del grupo investigado.

Desde 2002 a 2004, los/as apoyos se encontraron casi solos pero más del 70% de los/as presentes eran mujeres. Desde 2004 a 2010, la participación de los/as sin-papeles incrementó hasta representar entre el 20% y el 30% de los/as presentes en varias asambleas generales. Sin embargo, la distribución por sexo se quedó estable. Esto es, como mi sociografía se concentraba sobre la detección de los/as miembros/as del Colectivo, destacaba la ausencia de los/as sin-papeles porque se quedaban sobre un mes¹³ según su trayectoria jurídica: cuando conseguían los papeles o se dificultaba su obtención, desaparecían de la lucha. Así, el incremento de los/as sin-papeles no desembocó en su participación activa porque la dinámica de la lucha se caracterizaba por la dominación de los/as apoyos, tanto en la prescripción del trabajo como en su realización.

Sin embargo, en el año 2010, las cosas cambiaron (Charasse, 2013). Después de la llegada de una nueva generación de sin-papeles (de origen angoleño y congoleño), varios de ellos propusieron crear y consiguieron estructurar un Comité de migrantes autónomo, lo que modificó el modo de participación de los/as sin-papeles en el Colectivo. En primer lugar, el Presidente del Comité convenció a sus miembros de que tenían que participar más en el Colectivo. En segundo lugar, este Presidente lo

¹¹ Sirvan de referencia los resultados obtenidos en una investigación estadística previa (Dunezat, 2015a).

¹² Cuya localización exacta no se indicará para evitar que los resultados de este trabajo sean empleados para deslegitimar la acción de este movimiento.

¹³ Como no hay sistema formal de reclutamiento (carta, cuota), decidí que el criterio de pertenencia era de participar a más de cuatro asambleas seguidas.

desestabilizó porque propuso cambiar su nombre por el de «Colectivo de apoyo a los migrantes», alegando que la terminología de «sin-papeles» era humillante y poco movilizadora. Si los/as apoyos rechazaron el cambio propuesto, la terminología de «migrantes» ha sustituido en las interacciones a la de «sin-papeles» y, simultáneamente, la participación de varios/as sin-papeles se volvió más duradera y desconectada de la trayectoria jurídica.

Es a principios del año 2011 cuando me di cuenta de tal proceso y, paralelamente, empecé a notar simultáneamente la pertenencia de raza¹⁴ (apoyo o migrante) y la de sexo (mujer u hombre) de cada persona presente. Analizando la dinámica de la diversidad de los agentes en casi cien asambleas generales semanales (entre septiembre de 2011 y enero de 2014, media de 24 participantes) y por períodos de cuatro a seis meses (según la ritualización del tiempo militante anual), resultaron de la observación los resultados siguientes (véase tabla 1).

Tabla 1. Distribución por fracción en el Colectivo 2011-2014 (en %)

	Período 1	Período 2	Período 3	Período 4	Período 5	Total (88 AG)
Distribución por raza						
Migrantes	40	33	31	34	35	34
Apoyos	60	67	69	66	65	66
Distribución por sexo						
Mujeres	45	49	44	49	48	48
Hombres	55	51	56	51	52	52
Distribución por raza y sexo						
Migrantes mujeres	14	13	6	9	10	10
Migrantes hombres	26	20	25	25	25	24
Apoyos mujeres	31	36	38	40	39	38
Apoyos hombres	29	31	31	26	26	28

Fuente: Elaboración propia.

En dicha tabla¹⁵ se observa como, por una parte, la participación de los/as migrantes es más duradera y estable porque, cualquiera sea el período, la media no baja del 30%. Por otra, la estabilización de la presencia de los/as sin-papeles en las asambleas se tradujo en una pérdida de la mayoría femenina ya que las mujeres ya no representarán más del 50% en ningún período, lo que se puede analizar como un retroceso de los prolegómenos feministas del Colectivo.

No obstante, si usamos una perspectiva interseccional cruzando las categorías de raza y de sexo, cabe cuestionar este análisis. En efecto, entre los/as migrantes, son los hombres quienes han conquistado una posición más visible mientras que la participación de las migrantes es descendiente, configurándose como el único grupo que ha experimentado una marginalización absoluta (ausencia total en el 10% de las asambleas). Pero tal dinámica debe ser considerada en su relación con el incremento

¹⁴ Sobre la asociación entre políticas migratorias y racismo institucional, véase: *Migrations et société* (2016).

¹⁵ Lectura: durante el primer período, en promedio, los/as migrantes representaban el 40% de los/as participantes en las asambleas generales del Colectivo.

del segmento «apoyos mujeres», lo cual sigue constituyendo la fracción mayoritaria del Colectivo. Entre los/as apoyos, es decir, dentro del grupo dominante en la división del trabajo militante, las mujeres han conquistado un puesto cada vez más hegemónico: lo tenían en el 54% de las asambleas del primer período, en el 75% del tercero y en el 91% del quinto.

Finalmente, se han movido las líneas de tensión mencionadas anteriormente y, si nos referimos sólo al trabajo presencial en las asambleas, el proceso global de emancipación se ha enriquecido. Ahora se combina una mayor participación de los migrantes (hombres) mientras la dinámica inicial feminista del Colectivo no se ha debilitado sino que se confirma mediante el fortalecimiento cuantitativo de la participación de las mujeres (apoyos). Sin embargo, se puede decir que la dominación masculina se imbrica en la dinámica de raza para relativizar su potencial emancipador mientras la dominación racista se imbrica a la dinámica de sexo para relativizar su potencial feminista.

Pero tal modo de análisis se muestra impermeable a la distribución por clase aunque la división racial y sexual del trabajo militante no se pueda investigar sin tener en cuenta la clase *haciéndose*. Tal vacío en el momento de la observación y del descuento de la composición del Colectivo nos acerca al tema del esencialismo etnográfico.

4.2. Sexo, raza, clase y descontrol esencialista

Varios trabajos feministas han movilizado el método analógico cuando proponen un marco sociológico, materialista y constructivista de la categorización de sexo. Unos han comparado los mecanismos de producción del conocimiento científico según la clase, la edad y el sexo (Mathieu, 1971); otros, los diferentes ejes de opresión «en tanto que mecanismos productores de desigualdades sociales» (West y Fenstermaker, 2006: 105; Delphy, 2001; Guillaumin, 1992). Nuestro ejercicio reflexivo¹⁶ amplía este universo con su contribución al tema metodológico.

La crítica interseccional/consustancial ha contribuido a cuestionar el esencialismo de las pertenencias, sean de sexo o de raza. No se trata solo aquí de la necesidad de tener en cuenta el carácter diverso y simultáneo de los procesos de categorización sino de interrogarnos sobre el carácter relativo y dinámico de cada modo de ponerlos en marcha. Pero, incluso cuando la investigación pretende ser etnográfica y constructivista, se desvela el problema de que los avances metodológicos son difusos. ¿En qué medida controlamos nuestros modos de categorización cuando cruzamos sexo, raza y clase sobre el terreno?

Concretamente, la observación analítica está más desarrollada en lo que se refiere a la categorización de clase que a la de sexo o de raza. En otras palabras, si echamos un vistazo a los manuales de metodología, el silencio sobre la categorización de estos dos últimos ejes contrasta con el rigor científico requerido para la categorización de clase. De manera que las recomendaciones en estos términos muestran que el esencialismo domina. Sirva como ejemplo la siguiente reflexión: «el sexo [...] es una de las pocas informaciones indiscutibles de que dispone el investigado» sobre el/la investigador/a, mientras este último «muestra de inmediato [...] el color de su

¹⁶ Este ejercicio reflexivo busca profundizar los resultados obtenidos en un artículo previo (Dunezat 2015b).

piel»¹⁷. ¡Sin duda, lo que le está pasando al investigado le ocurre también al investigador! Lo mismo sucede cuando discutimos con nuestros/as colegas sobre la forma de categorizar en el terreno, como queda manifestado en la siguiente conversación informal con una socióloga del género:

- «Yo: ¿Qué notas cuando una persona entra en el despacho?
- Ella: Noto su actitud, lo que dice y su vestido. Después, pregunto a la gente del despacho cuál es su estatuto.
- Yo: ¿Y es todo?
- Ella: Sí.
- Yo: ¿No notas el sexo?
- Ella: Ah sí, noto si es una mujer o un hombre. Su pertenencia... ¿cómo decir?... étnica también. Pero eso, es evidente verlo».

Es decir, «tratamos las apariencias como signos de un estado subyacente» (West y Fenstermaker, 2006: 120). Tal actitud se impregna de descontrol etnocentrista en cuanto a lo que significa —debe significar— ser una mujer (Abu-Lughod 1990) o un hombre. Lo mismo ocurre con la raza. En nuestra propia etnografía de los movimientos sociales, tales formas de descontrol esencialista fueron —y siguen siendo— sistemáticas. Cuando cartografiamos el terreno, advertimos la pertenencia de sexo visible —es decir *la que vemos* en tanto que investigador— de toda persona presente, así como las diferencias en la distribución de tareas, de modos de hablar, etc., entre mujeres y hombres. Este análisis se aplica también cuando nos referimos a la pertenencia de color¹⁸ que *nos parece visible* y recurrimos a las categorías del colorismo racista (negro, marrón, blanco, amarillo) o, quizás, las alteramos con eufemismos como africanos, árabes, asiáticos, indios, etc.

Sin embargo, surge el problema de que, como no conseguimos salir de la potencia esencialista de nuestra mirada, tampoco conseguimos distinguir con rigor lo que se debe a la categorización ya hecha (*ex ante* el movimiento social en tanto que asignación y categorización institucionales) y a la categorización *haciéndose* (*ex post* el movimiento social en tanto que realización situada mediante la división del trabajo militante), lo que nos conduce a ocultar la complejidad de la producción de la diversidad de los agentes.

Esto se traduce, por ejemplo, en que el Colectivo se puede entender como una lucha mixta porque hemos visto mujeres. Pero tal observación inicial oculta los mecanismos que seleccionan las participantes. Las mujeres (blancas y de clase media) que participan tienen en común una experiencia específica del trabajo doméstico —sin carga de familia o con carga declarada— que las singulariza en lo que respecta a otras mujeres (blancas y de clase media). Sin embargo, la ausencia de una nomenclatura de sexo no nos permite designar las «fracciones de sexo»¹⁹ que pueden participar *ceteris paribus*. Lo mismo ocurre en términos de raza.

¹⁷ Nos parecen tan estructurales los procesos de descontrol esencialista que no importa aquí el/la autor/a de la citación.

¹⁸ Combinamos la mirada primaria del color de piel y la consideración secundaria de varios signos (forma de la cara, vestido) cuando nuestra percepción primaria nos parece borrosa...

¹⁹ Siguiendo aquí la teorización feminista de “fracciones” de clase de sexo (Juteau y Laurin, 1988).

Por el contrario, esta actitud esencialista no se reproduce cuando cartografiamos el terreno desde el punto de vista de la clase. Sabemos que sería inadmisibile, académicamente, contentarnos con algunas marcas convencionales (vestido, morfología, expresiones...) para distinguir posiciones de clase dentro del movimiento social. Por eso, desactivamos la identificación visible, es decir, *la que ve* el investigador, ya que controlamos el esencialismo de nuestra mirada mediante nuestra socialización académica. Una socialización que nos invita a triangular con el uso de las entrevistas o de los cuestionarios antes de construir tablas de distribución de tareas según la posición de clase o de considerar cómo la dominación masculina, en cuanto a las tareas de poder, no se puede objetivar si no tenemos en cuenta las divisiones de clase que segmentan la clase masculina, entre «obreros» y «profesores» por ejemplo. Y, en el contexto francés, no podríamos objetivarlo sin el uso sistemático, incluso obligatorio, de la nomenclatura de los grupos socioprofesionales porque, sin ella, los participantes serían todos clasificados como proletarios o salaridos, sin mayor distinción.

4.3. Alegatos para una etnografía (más) constructivista

Planteadas las limitaciones de la etnografía interseccional en el análisis de los movimientos sociales sustentadas en un descontrol esencialista, es el turno de someter al debate propuestas para superarlas, según los bricolajes usados a lo largo de mi trayectoria etnográfica (Dunezat 2015b). Al igual que la Mujer ha desaparecido de los horizontes teóricos feministas (materialistas), es necesario que también lo haga en la observación etnográfica con el fin de mejorar nuestra visión de la realidad respecto a las categorías de sexo y sus modos de realización situada. Lo mismo con el Negro o el Migrante.

No obstante, no se trata aquí de renunciar a las categorías binarias y políticas (mujeres/hombres, negros/blancos, proletarios/burgueses) que los sistemas de poder siguen produciendo, sino de tener en cuenta que el binarismo no significa sólo homogeneidad sino también heterogeneidad de cada categoría (Juteau, 2010). Y, en esta tarea, el método etnográfico puede ser muy heurístico (Abu-Lughod, 1990; Avanza y al., 2015). De manera que, a partir de las reflexiones realizadas a lo largo del artículo, cabe destacar, al menos, cuatro alegatos.

El primero se refiere a la necesidad de contextualizar las formas de nuestra mirada etnográfica, es decir que el/la investigador/a debe «situar la operación de categorización en su contexto de elaboración y su entorno de uso» (Martiniello y Simon, 2005: 13). Es decir, no podemos importar sin más precaución la perspectiva interseccional y sus categorías porque, según los contextos nacionales, los procesos institucionales de asignación y de categorización son de intensidad y de forma variables. En este sentido, la reflexividad debe incluir el modo de percepción situado de las categorías, lo que supone un recorrido por la relación ordinaria y académica con estas categorías (Dunezat, 2015b). Por ejemplo, el proceso y el trabajo de categorización no pueden adoptar la misma forma en una sociedad francesa que prohíbe las estadísticas étnicas y rechaza el uso del término «raza», incluso proponiendo su supresión dentro de la Constitución, que en una sociedad americana donde, desde hace dos siglos, se sigue organizando un censo obligatorio de población por raza (con libertad de respuesta). Y la existencia o no de estadísticas institucionales —lo que supone la producción institucional de categorías de recuento— impacta en la posibilidad de comparar el

reclutamiento de un movimiento social con la distribución por categorías dentro de la sociedad o del grupo concernido.

El segundo alegato se vincula a la necesidad de partir de los modos de categorización más subjetivados dentro de un movimiento social para que la etnografía sea audible y visible. En esta tarea, la etnografía interseccional no debe transformarse en una imposición de problemática. De manera que me parece más heurístico tomar en serio las categorías del terreno con fin de mostrar cómo las mismas son indisociables de los tres ejes de opresión fundamentales y, quizás, de otros ejes de diferenciación (sexualidad, etc.). Por ejemplo, dentro de muchos colectivos de sin-papeles, son las categorías de sin-papeles (o migrantes) y de apoyos (o solidarios) las que hoy estructuran las subjetividades militantes. Esto revela que si no queremos desconectar la etnografía de esta realidad subjetiva, debemos analizar cómo esta división constituye una realización situada de los procesos de categorización de sexo, raza, clase. Igualmente, la etnografía de las condiciones de vida, de trabajo y de lucha de un grupo homogéneo —como el de las trabajadoras domésticas filipinas en Canadá— necesita un análisis que parta de la especificidad subjetiva y objetiva de tal grupo, aplicando el enfoque consustancial para pensar su modo de formación (Galerand, 2015).

Por otro lado, en cuanto a la redacción de los cuadernos de terreno, me parece difícil romper con las cartografías esencialistas que estructuran nuestra mirada. Más aún, puede que sean heurísticas cuando queremos producir estadísticas que comparan la diversidad dentro de una sociedad o un grupo social y la diversidad dentro de un movimiento social. La cuestión es que no podemos limitarnos a tal aproximación de los procesos de categorización porque se nos escapa su carácter situado, interaccionista, dinámico, vivo. A parte de la necesidad lógica de recurrir lo más rápido posible al nombre para notar lo que hace cualquier/a investigado/a, abogamos por una etnografía constructivista de las prácticas y de la división del trabajo militante. Se trata de comprender cómo las categorías se dinamizan, lo que supone combinar dos niveles de etnografía de las prácticas: el primero, más esencialista, se centra en cartografiar ¿quién hace qué? mientras el segundo, más constructivista, se pregunta ¿qué hace quién?

Siguiendo a Nathalie Benelli (2011: 98), nos acercamos a tal fin cuando se evita «comparar *a priori* grupos sociales preconstituidos (las mujeres, los hombres [...])», lo que permite cuestionar, en un contexto situado, el grado de homogeneidad de cada clase de sexo mostrando que una actividad femenina no está asignada exclusivamente a las mujeres y tampoco una actividad masculina a los hombres²⁰. Además, es muy heurístico investigar la «necesidad de categorizar para actuar», relacionando la producción de un léxico localizado de categorías —de sexo, raza, clase— y la organización del trabajo (Rabaud, 2011). De manera más general, se trata de controlar nuestras categorizaciones esencialistas, en tanto que etnógrafo/a, por las interacciones directas, *in situ*. Por ejemplo, cuando identifico mujeres con mi mirada esencialista, el hecho que un movilizad@ (heterosexual) les grite «Cállense, las hembras!» o les diga «Cuando os veo, tengo una erección» (Dunezat, 2004) puede ser un modo de control de nuestra categorización previa.

De la misma manera, en el Colectivo se puede controlar la categorización de raza basada sobre la percepción esencialista y colorista del investigador por la inclusión

²⁰ Benelli mostró que los hombres de la tintorería femenina tenían una “discapacidad” social mientras las mujeres de la tintorería masculina no tenían carga de familia.

de los modos de acogida dentro de las asambleas: no son migrantes o sin-papeles las personas negras sino las personas que *están acogidas* como sin-papeles o migrantes, mediante cuestiones específicas: «¿Viene usted por su situación jurídica?». También fueron muy desestabilizados nuestros modos de categorización esencialista cuando unos sin-papeles armenios, clasificados «blancos» por el investigador y que venían de Georgia, nos explicaron que estaban clasificados y nombrados «negros» por el sistema racista georgiano. Nos permitió experimentar como las categorías de «blanco» y «negro» son políticas.

Por último, nuestro cuarto alegato es mucho más polémico ya que se refiere a la propuesta de producir nomenclaturas para cada eje de opresión. Nos parece poco legítimo —y peligroso en cuanto a la necesidad de no jerarquizar los ejes de opresión fundamentales— que la mirada sociológica parezca encerrada en el esencialismo. A pesar de sus límites y de sus fracasos (que no impiden su uso generalizado en la sociología francesa), la nomenclatura de los grupos socioprofesionales y su construcción de múltiples criterios²¹ constituyen un ejemplo clásico. Aunque *no sabemos cómo hacer*, no podemos seguir con tal contradicción entre los avances constructivistas de la teoría materialista (feminista) y los atolladeros esencialistas de la metodología interseccional. Asimismo, hay también desafíos en la circulación de los conocimientos etnográficos ya que, la construcción de unos modos (propios) de categorización más constructivistas no se traduce automáticamente en un proceso de convergencia y comparación analíticas ya que no tenemos herramientas en común.

Finalmente, cabe extender el control académico que se realiza en las cartografías de clase a las de sexo y raza. Por ejemplo, se podría imaginar una nomenclatura de «fracciones de sexo» según las experiencias del trabajo doméstico, los estatutos matrimoniales, la sexualidad, etc. Igual con las referidas a la raza según la nacionalidad, el origen geográfico, la situación jurídica, etc. La etnografía, y, sin duda, otros paradigmas metodológicos, no pueden detenerse en el trabajo de categorización pero tienen que buscar ser más audibles y realistas. Para ello, deben acabar con la posibilidad de clasificar a cualquier persona como mujer u hombre, negro o blanco, sin haber, previamente, especificado su fracción de sexo o de raza. Es decir, si queremos que las categorías de dominación se investiguen como verdaderas categorías sociales y se contribuya a la abolición de los sistemas de poder que las producen, los avances teóricos feministas y antirracistas necesitan dispositivos metodológicos más avanzados y controlados *colectivamente*.

Bibliografía

- Abu-Lughod, Lila (1990): ¿Can There Be a Feminist Ethnography? *Women and Performance: A Journal of Feminist Theory*, 1, 7-27.
- Avanza, Martina, Fillieule, Olivier, Masclet, Camille (26 mai 2015): Ethnographie du genre. Petit détour par les cuisines et suggestions d'accompagnement. *SociologieS*, <http://sociologies.revues.org/5071>.
- Bachand, Rémi (2014): L'intersectionnalité: dominations, exploitations, résistances et émancipation. *Politique et Sociétés*, 33(1), 3-14.

²¹ Combina por ejemplo el estatuto respecto a la actividad y al empleo, la cualificación, el carácter privado o público del empleo...

- Benelli, Nathalie (2011): Divisions sexuelle et raciale du travail dans un sale boulot féminin: le nettoyage. *Raison présente*, 178, 95-104.
- Bereni, Laure, Chauvin, Sébastien, Jaunait, Alexandre, Revillard, Anne (2012): *Introduction aux études sur le genre*. Louvain-la-neuve: De Boeck.
- Bilge, Sirma (2010): De l'analogie à l'articulation: théoriser la différenciation sociale et l'inégalité complexe. *L'homme et la société*, 176-177, 43-64.
- Bilge, Sirma (2009): Théorisations féministes de l'intersectionnalité. *Diogenes*, 225, 70-88.
- Cahiers du Genre (2016): *Analyse critique et féminismes matérialistes*. Hors-série.
- Cervera-Marzal, Manuel (2015): Domination masculine dans le militantisme. Analyse des rapports de genre au sein d'un collectif altermondialiste. *SociologieS*. <http://sociologies.revues.org/5116> [Consulta: 10 de marzo de 2017].
- Chapoulie, Jean-Marie (2000): Le travail de terrain, l'observation des actions et des interactions et la sociologie. *Sociétés contemporaines*, 40, 5-27.
- Charasse, Renaud (2013): Domination et résistance dans l'action collective en faveur des sans-papiers: une dynamique des rapports sociaux de race. *Raison présente*, 186, 15-26.
- Chauvin, Sébastien, Jaunait, Alexandre (2015): L'intersectionnalité contre l'intersection. *Raisons politiques*, 58, 55-74.
- Chauvin, Sébastien, Jaunait, Alexandre (2012): Représenter l'intersection. Les théories de l'intersectionnalité à l'épreuve des sciences sociales. *Revue française de science politique*, 62(1), 5-20.
- Clair, Isabelle (2013): Pourquoi penser la sexualité pour penser le genre en sociologie? Retour sur quarante ans de réticence. *Cahiers du Genre*, 54, 93-120.
- Clair, Isabelle (2012): *Sociologie du genre*. Paris: Armand Colin.
- Collectif (1984): *Le sexe du travail. Structures familiales et système productif*. Grenoble: PUG.
- Corcuff, Philippe (2004): *Sociologie et engagement: nouvelles pistes épistémologiques dans l'après-1995*. En, Lahire, B, ed. À quoi sert la sociologie?, 175-194, Paris: La Découverte.
- Crenshaw, Kimberlé Williams (2005): Cartographie des marges: intersectionnalité, politique de l'identité et violences contre les femmes de couleur. *Cahiers du Genre*, 39(2), 51-82.
- Davis, Kathy (2015): L'intersectionnalité, un mot à la mode. Ce qui fait le succès d'une théorie féministe. *Les cahiers du CEDREF*. <http://cedref.revues.org/827>.
- De Rudder, Véronique, Poirer, Christian, Vourc'h, François (2000): *L'inégalité raciste. L'universalité républicaine à l'épreuve*. Paris: PUF.
- Delphy, Christine (2001): *L'ennemi principal. Tome 2: Penser le genre*. Paris: Syllepse.
- Delphy, Christine (2015): *Pour une théorie générale de l'exploitation. L'extorsion du travail non libre*. Paris: Syllepse.
- Demazière, Didier, Pignoni, Maria-Teresa (1998): *Chômeurs: du silence à la révolte*. Paris: Hachette.
- Dorlin, Elsa (2012): L'Atlantique féministe. L'intersectionnalité en débat. *Papeles del CEIC*, 83(2), <http://www.identidadcolectiva.es/pdf/83.pdf> [Consulta: 10 de marzo de 2017]
- Dunezat, Xavier (2004): *Chômage et action collective. Luttés dans la lutte. Mouvements de chômeurs et chômeuses de 1997-1998 en Bretagne et rapports sociaux de sexe*. Tesis doctoral inédita: Universidad Versailles/Saint-Quentin-en-Yvelines.
- Dunezat, Xavier (juin 2015a): Hégémonie et marginalisation dans le travail militant: la sociographie d'une mobilisation au prisme du cadre intersectionnel. *¿Interrogations?*, 20, <https://www.revue-interrogations.org/Hegemonie-et-marginalisation-dans,462> [Consulta: 10 de marzo de 2017]

- Dunezat, Xavier (26 mai 2015b): L'observation ethnographique en sociologie des rapports sociaux: sexe, race, classe et biais essentialistes. *Sociologies*, <http://sociologies.revues.org/5075> [Consulta: 10 de marzo de 2017]
- Falquet, Jules (2009): *La règle du jeu. Repenser la co-formation des rapports sociaux de sexe, de classe et de «race» dans la mondialisation néo-libérale*. En, Dorlin, E, ed. Sexe, race, classe. Pour une épistémologie de la domination, 71-90, Paris: PUF.
- Fillieule, Olivier, Roux, Patricia (2009): *Le sexe du militantisme*. Paris: Presses de Science Po.
- Galerand, Elsa (2015): Quelle conceptualisation de l'exploitation pour quelle critique intersectionnelle? *Recherches féministes*, 28(2), 179-197.
- Galerand, Elsa, Kergoat, Danièle (2014): Consubstantialité vs intersectionnalité? A propos de l'imbrication des rapports sociaux. *Nouvelles pratiques sociales*, 26(2), 44-61.
- Godelier, Maurice (1984): *L'idéal et le matériel. Pensée, économies, sociétés*. Paris: Fayard.
- Guillaumin, Colette (1992): *Sexe, Race et Pratique du pouvoir. L'idée de Nature*. Paris: Côté-femmes éditions.
- Hamel, Christelle (2003): *L'intrication des rapports sociaux de sexe, de «race», d'âge et de classe: ses effets sur la gestion des risques d'infection par le VIH chez les Français descendant de migrants du Maghreb*. Tesis doctoral inédita: EHESS Paris.
- Hill Collins, Patricia (2000): *Black Feminist Thought: Knowledge, Consciousness, and the Politics of Empowerment*. New York: Routledge.
- Hirata, Helena, Zarifian, Philippe (2000). *Travail (le concept de)*. En, Hirata, H, Laborie, F, Le Doaré, H, Senotier, D, eds. Dictionnaire critique du féminisme, 230-235, Paris: PUF.
- ¿Interrogations? (juin 2015): *Penser l'intersectionnalité*. 19, <https://www.revue-interrogations.org/-No20-Penser-l-intersectionnalite> [Consulta: 17 de marzo de 2017]
- Juteau, Danielle (2016): Un paradigme féministe matérialiste de l'intersectionnalité. *Cahiers du Genre*, hors-série, 129-149.
- Juteau, Danielle (2010): «Nous» les femmes: sur l'indissociable homogenéité et hétérogénéité de la catégorie. *L'Homme et la société*, 176/177(2), 65-81.
- Juteau, Danielle, Laurin, Nicole (1988): L'évolution des formes de l'appropriation des femmes: des religieuses aux «mères porteuses». *Revue canadienne de Sociologie et d'Anthropologie*, 25(2), 183-207.
- Kergoat, Danièle (2012): *Se battre, disent-elles...* Paris: La Dispute.
- Kergoat, Danièle, Imbert, Françoise, Le Doaré, Hélène, Senotier, Danièle (1992): *Les infirmières et leur coordination. 1988-1989*. Paris: Lamarre.
- L'homme et la société (2010): *Prismes féministes. ¿Qu'est-ce que l'intersectionnalité?* 176-177.
- Laplatine, François (2009): *L'expérimentation anthropologique: mettre à l'épreuve la simplification du réel*. En, Saillant, F, ed. Réinventer l'anthropologie ? Les sciences de la culture à l'épreuve des globalisations., 221-236, Montréal: Liber.
- Laplatine, François (2002): *La description ethnographique*. Paris: Nathan.
- Les Cahiers du CEDREF (2007): *Ré-articulation des rapports sociaux de sexe, classe et «race»: repères historique et contemporain*. 14.
- Martiniello, Marco, Simon, Patrick (2005) Les enjeux de la catégorisation. Rapports de domination et luttes autour de la représentation dans les sociétés post-migratoires. *Revue européenne des migrations internationales*, 21(2), 7-18.
- Marx, Karl, Engels, Friedrich (1982): *L'Idéologie allemande*. Paris: Éditions sociales.
- Mathieu, Nicole-Claude (1971): Notes pour une définition sociologique des catégories de sexe. *Épistémologie sociologique*, 11, 19-39.

- Mathieu, Lilian (2001): *Mobilisations de prostituées*. Paris: Belin.
- Mauss, Marcel (2002): *Manuel d'ethnographie*. Paris: Payot.
- Mazouz, Sarah (2015): Faire des différences. Ce que l'ethnographie nous apprend sur l'articulation des modes pluriels d'assignation. *Raisons politiques*, 58, 75-89.
- Migrations société (2016): ¿Un racisme institutionnel en France? 163.
- Nakano Glen, Evelyn (2009): *De la servitude au travail de service: les continuités historiques de la division raciale du travail reproductif payé*. En, Dorlin, E, ed., Sexe, race, classe. Pour une épistémologie de la domination., 21-70, Paris: PUF.
- Ndiaye, Pap (2009): *Questions de couleur. Histoire, idéologie et pratiques du colorisme*. En, Fassin, D, Fassin, E, eds. De la question sociale à la question raciale? Représenter la société française., 45-62, Paris: La Découverte.
- Nicourd, Sandrine (2009): *Le travail militant*. Rennes: PUR.
- Nouvelles Questions Féministes (2005): *Les logiques patriarcales du militantisme*. 24(3).
- Palomares, Elise, Testenoire, Armelle (2010): Indissociables et irréductibles: les rapports sociaux de genre, ethniques et de classe. *L'homme et la société*, 176-177, 15-26.
- Pfefferkorn, Roland (2007): *Inégalités et rapports sociaux. Rapports de classe, rapports de sexe*. Paris: La Dispute.
- Rabaud, Aude (2011): «Montré-caché» de l'ethnicité, de la «race» et du sexe. *Raison présente*, 178, 71-82.
- Raisons politiques (2015): *Les langages de l'intersectionnalité*. 58.
- Revillard, Anne, De Verdalle, Laure (2006): «Faire» le genre, la race et la classe. *Terrains & travaux*, 10, 91-102.
- Schnapper, Dominique (1994): *L'épreuve du chômage*. Paris: Gallimard.
- Simeant, Johanna (1998): *La cause des sans-papiers*. Paris: Presses de Sciences Po.
- Tabin, Jean-Pierre, Perriard, Anne (Décembre 2014): Le rapport social d'âge dans les politiques sociales. ¿Interrogations?, 19, <https://www.revue-interrogations.org/Le-rapport-social-d-age-dans-les> [Consulta: 10 de marzo de 2017].
- West, Candace, Fenstermaker, Sarah (2006): «Faire» la différence. *Terrains & travaux*, 10, 103-136.